

Mario Guiral Moreno

Guiral Moreno

La Urbanidad en Crisis

DESDE hace muchos años hemos venido señalando el hecho lamentable de haber sufrido las costumbres públicas, en estos últimos tiempos, una modificación tan radical, que muchas de ellas pueden considerarse total-



M. GUIRAL MORENO

mente extinguidas. Tal cosa ocurre por ejemplo, con la que existió desde antaño, como una regla de inexcusable cortesía, en cuanto a la cesión de los asientos, que los caballeros hacían a las damas cuando éstas se hallaban de pie, en cualquier sitio público o privado.

En una conferencia que pronunciamos en la Institución Hispanocubana de Cultura, sobre los **Descorteses** y **Malcriados**, hace diez años, apuntamos, sin embargo, la posibilidad de que la iniciativa en la supresión de este acto de cortesía le correspondiera a la mujer, al escatimar o negar ésta, toda manifestación de gratitud para el hombre que amablemente le cede el asiento practicando un acto de urbanidad y cortesía.

En relación con tal sospecha, una señora muy distinguida y de edad ya avanzada, nos decía en cierta ocasión: "La culpa de que los hombres sean ahora tan descorteses con las damas, la tenemos nosotras mismas, por el mal ejemplo que constantemente vienen dando las mujeres jóvenes, y en particular las "pepi-

llas", al no respetar las canas de las personas mayores, y desconocer la jerarquía que siempre da la edad proveyta. Fíjese usted que cuando en un ómnibus o autobús viaja de pie una señora anciana y queda libre un asiento próximo al lugar que ésta ocupa en el pasillo, son las mujeres jóvenes las que, en vez de permitir que se siente quien, por razón de la edad, podría en muchos casos ser su abuela, se lo arrebatan con agresividad, casi con violencia. Con estos malos ejemplos, que dan frecuentemente las mujeres, no es extraño que los hombres las imiten y procedan del mismo modo, al no respetar edades ni sexos".

Una observación parecida, aunque en distinto aspecto, nos la hizo un cumplido caballero perteneciente a la generación finisecular, bien educada, cortés y muy cuidadosa en la observancia de todos los respetos, al expresar su opinión en estos términos: "Los que pertenecemos a aquella época y cumplíamos fielmente nuestros deberes sociales en todos los aspectos y circunstancias, luchamos ahora entre el impulso interior que nos mueve a seguir siendo corteses con las damas, y la dura realidad que casi siempre nos decide a vencer ese impulso, y a adaptarnos a lo que actualmente priva por la falta general de educación, la fobia existente contra los que somos viejos y las otras malas costumbres impuestas por el "pepillismo". Cuando nosotros éramos jóvenes, ningún hombre se quedaba sentado mientras que alguna mujer estuviera de pie, y les cedíamos gustosamente el

asiento, porque entonces había una verdadera reciprocidad; pero ahora la reciprocidad ha desaparecido y, por esta razón, cuando me siento inclinado a proceder con la cortesía que me inculcaron mis padres en los años de la niñez, me detiene al momento la consideración de que aquella mujer a la cual habría de proporcionarle una comodidad, es posiblemente la madre, hermana, esposa, hija, nieta o novia de un hombre que, por no haber observado el mismo recíproco comportamiento, ha sido el causante de que las mujeres de mi familia hayan viajado de pie en alguna ocasión y, pensando en esto, me quedo sentado..."

Después de recoger estas dos opiniones ajenas, queremos exponer la nuestra —resultante de observaciones muy parecidas,— de que no son acreedoras a ningún género de atenciones y cortesías las mujeres que, faltando a las reglas de la más elemental educación, no le dan las gracias al hombre que les ha cedido el asiento, y ni siquiera vuelven el rostro para verle la cara a la persona que ha tenido ese gesto de cortesía que, precisamente por ser hoy inusitado, debe ser doblemente agradecido.

Procedan de nuevo las mujeres con la cortesía de antes, y tendrán entonces el derecho de reclamar que los hombres vuelvan a comportarse con esa esmerada educación que era clásica y habitual en los tiempos pasados, que, en estos aspectos de la urbanidad, fueron indudablemente mucho mejores que los actuales, carentes de cortesanía y ayunos de toda gentileza.

M, in 25/52



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA